

sale al encuentro al animal furioso, que al verle se arroja hácia él precipitado. El Siratick le dispara una flecha. Sintiéndose el leon herido se adelanta dando un espantoso rugido. Entónces Alfonso olvida la órden del rey : parte como un rayo, y creyendo al Siratick en gran riesgo, vuela á socorrerle : llevaba el sable en la mano, y corriendo á escape, al pasar cerca de un árbol chocó con él con tanta violencia, que el sable se le hizo mil pezados. Alfonso, casi fuera de la silla con este violento golpe, cae, y su caballo con él : á este tiempo el leon, que al ver venir hácia sí un hombre armado, habia abandonado al Siratick para abalanzarse á este nuevo contrario, embiste á Alfonso, y clava sus temibles garras en los pechos del caballo. Al verse Alfonso desarmado y sin defensa creyó su muerte inevitable. Los negros no se atrevian á disparar sus flechas contra el animal por no herir á Alfonso. Thelismar habia querido seguir á Alfonso cuando partió corriendo, pero los negros ya irritados del atrevimiento de su compañero se habian opuesto con violencia á su intento, y le detenian á pesar de sus voces, su furor y desesperacion. ¡Cuál se quedó al ver que el leon se arrojaba á Alfonso! ¡Infeliz muchacho! exclamó... ¡Pero qué pasmo, qué alegría no esperada! Apenas mira el leon su presa, cuando al punto



pierde todo su furor; se acerca á Alfonso, y levantando una de sus manos ensangrentada, la pone con suavidad sobre la de Alfonso, y parece que le enseña la herida pidiéndole socorro. Se estremece Alfonso, y acordándose del suceso del leon moribundo que habia

encontrado algunos dias ántes : ¡Noble animal, exclama, ya te conozco! ¡Ojalá que tu ejemplo sirva eternamente de confusion á los ingratos que borran de su memoria el recuerdo de un beneficio!... Sí, ya que tu agradecimiento me da la vida, yo quiero salvar la tuya otra vez y defenderla, si es preciso, á costa de la mia. Entre tanto restañaba la sangre que corria de la herida del leon, y rasgando su pañuelo compuso unas vendas con que le sujetó y ató la mano herida. Thelismar y los indios consideraban este espectáculo con igual espanto y admiracion. En fin, Alfonso se levanta : el leon se vuelve á acercár á él, lame los piés de su bienhechor, y le hace mil caricias. Despues Alfonso se aparta poco á poco : el leon se detiene, le mira un instante, y volviendo la espalda de improviso se mete corriendo en un monte inmediato, y desaparece dejando atónitos á todos los espectadores de tan extraño suceso¹.

¹ Los franceses del fuerte de San Luis tenian una leona que guardaban encadenada; sobrevinole un tumor en una quijada... y á poco tiempo estuvo á los últimos. Los del fuerte le quitaron la cadena y arrojaron su cuerpo en un campo inmediato. En esta situacion estaba cuando el señor Compagnon, autor del Viaje de Bambuk, la vió volviendo de caza; tenia los ojos cerrados, la boca abierta, y ya llena de hormigas. Tuvo compasion de este pobre animal, le lavó la garganta con agua, y le hizo tragar un poco de leche. Un remedio tan sencillo produjo efectos maravillosos; volvieron á traer la leona al fuerte, y poco á poco se restableció, pero sin olvidar á aquel á quien debia tan grande beneficio. Cobró tanto cariño á su bienhechor, que no queria tomar nada sino de su mano, y cuando estuvo del todo curada, le seguia en la isla con un cordón al cuello lo mismo que un perro de los mas mansos.

Habiéndose escapado de su jaula un leon del Gran Duque de Toscana, entró en la ciudad de Florencia causando mucho espanto. Entre los fugitivos se halló una mujer con su niño en brazos, al cual con el susto dejó caer. Lo cogió el leon en ademan de devorarle, cuando la madre llevada del mas tierno movimiento de la naturaleza, vuelve atras, se arroja á los piés del leon y le pide su niño. Este la mira con atencion, y movido al parecer de sus gritos y lágrimas, se aparta del niño sin haberle hecho el menor mal... ¿Sería acaso porque las desgracias y desesperacion tienen en sí una expresion que se hace comprensible á las fieras mas bravas? Pero lo mas admirable en este lance, es sin duda alguna aquel movimiento ciego y sublime que precipita á la madre á los piés del feroz bruto, terror de toda la naturaleza : este olvido de la razon, muy superior á la razon misma, y que hace recurrir á esta mujer desesperada á la compasion del monstruo mismo que no anhela mas que mortandad y estragos, indica bien el instinto de los grandes dolores que suponen siempre la imposibilidad de no mover á piedad.

Lo cierto es, dice Mr. de Buffon, que el leon, cogido jóven y criado entre animales domésticos, se acostumbra fácilmente á vivir, y aun á jugar inocentemente con ellos; que es dócil para con sus amos, y aun cariñoso, principalmente en su primera edad, y que si algunas veces su natural ferocidad se manifiesta, raras veces la emplea contra los que le hicieron bien... Pudiera citar muchos sucesos particulares, en los cuales confieso haber hallado alguna exageracion, pero que no obstante están bastantemente fundados, para que reunidos prueben á lo ménos que su cólera es noble, su ánimo magnánimo, y su natural sensible. Muchas veces se le ha visto desdeñarse de acometer débiles ene-

Thelismar, despues de haber estrechado entre sus brazos á Alfonso, y haberle abrazado con el afecto del padre mas amoroso, le reprendió su temeridad é imprudencia. Si hubiese Vd. tomado informes, le dijo, acerca de esta caza, ó por mejor decir, si hubiese escuchado los pormenores que de ella nos han contado, habria sabido que el Siratick no corria riesgo alguno; que ejercitado en esta clase de luchas, aguardaba al leon para meterle un chuzo por la boca; y que despues apeándose del caballo le habria acabado á sablazos. Yo le prometo á Vd., dijo Alfonso, informarme mejor en adelante, y ser mas prudente. Pero al fin por lo ménos he salvado la vida á mi leon, á ese generoso animal... — Si, pero el Siratick está ofendido del poco caso que ha hecho Vd. de sus órdenes, y á pesar del motivo que para ello ha tenido, no le perdona el haberle quitado el honor de la victoria: por tanto, me parece que haremos bien en no estar mas tiempo en su corte.

En efecto, á la mañana siguiente Thelismar, Alfonso y los demas viajeros salieron de Ghiorel, y continuaron siguiendo el curso del Senegal hasta el lugar de Embakane, próximo á las fronteras del reino de Galam. Pasaron despues el rio Gambia, atravesaron el reino de Farim¹, y despues de haber recorrido gran parte de aquellas tierras llegaron á Guinea.

En este país tuvo Alfonso un encuentro que le sorprendió en gran manera. Atravesaba un bosque, é iba hablando con Thelismar acerca de la inmortalidad del alma. ¿Podrá Vd. creer, dijo Thelismar, que hay hombres tan irracionales, que afirman que no tenemos mas ventaja sobre los brutos que la de una conformacion exterior mas perfecta; y que han dicho expresamente, que si el caballo (animal tan inteligente) tuviese, en vez del casco que termina sus brazos, una mano ágil como la nuestra, haria todo cuanto nosotros hacemos²? — Pues qué ¿podria dibujar y pintar?... — ¿Qué le parece á Vd.? — Yo no lo creo; podria cuando mas conformar ó

migos, menospreciar sus insultos y perdonarles libertades ofensivas: se ha visto á este animal cautivo, estar triste sin enfadarse, tomar al contrario costumbres dóciles, obedecer á su amo, acariciar la mano del que le alimenta, dar lado por este acto generoso, continuarles despues la misma proteccion, vivir quietamente en su compañía, repartir con ellos su alimento, y aun dejárselo quitar enteramente, y padecer mas bien el extremo de la hambre, que perder el blason de su primera generosidad.

¹ O de Santo Domingo.

² Este extraño raciocinio se encuentra en una obra intitulada: *De l'Esprit*.

hacer algunas imitaciones imperfectas. — El papagayo, las urracas, los tordos y otras muchas aves pueden hablar, y repiten bien algunas palabras que han aprendido, pero no pueden ni comprenderlas, ni por consiguiente aplicarlas en sazón; fuera de que hay animales cuya conformacion tanto exterior como interior es perfectamente semejante á la del hombre, que andan como nosotros, tienen manos como las nuestras, y que no solo no fabrican palacios ni cabañas, sino que aun son ménos industriosos que otros muchos animales. — Vd. quiere decir los monos; en efecto tienen sus manecitas pare-



cidas á las nuestras, y muy diestras. ¿Y qué dicen á eso los autores que desean que el caballo tenga manos? — Convienen en que el mono por su figura sería capaz de hacer todo lo que hace el hombre; pero añaden que su natural desasosiego se lo estorba; que está en continuo movimiento, y que á no ser por esta inquietud y viveza, sería igual al hombre¹. — No obstante no hablaría. — No, aunque en ciertas especies, la lengua y los órganos de la voz sean los mismos que en el hombre, y que el cerebro sea absolutamente de la misma figura y tamaño que el nuestro. — ¡El cerebro del mismo tamaño, cómo es posible siendo el mono tan chico!... — ¿Y Vd. cree que conoce todas las especies de monos? — Creo que sí. —

¹ Todo lo que acaba de decir Thelismar se halla exactamente en la misma obra intitulada: *De l'Esprit*.

¿Y todos los que Vd. ha visto eran vivos y turbulentos? — Seguramente; y por tanto este reparo de los autores de que estamos hablando me parece bastante justo. Porque en efecto, tengo casi por cierto que unos entes que están siempre en movimiento continuo, por mas bien conformados que sean, siempre serán incapaces de aprender... — ¿Y si yo le hiciese á Vd. ver que esa objecion que tanta fuerza le hace es hija solo de una profunda ignorancia de las cosas que todos saben? — ¡Pues cómo! ¿hombres que componen un libro podrán ignorar cosas generalmente conocidas?... — Esa duda, querido Alfonso, es la mayor prueba de que Vd. ha leído muy poco... No bien habia dicho Thelismar estas palabras, cuando Alfonso hizo un gesto de admiracion, y dándole con el codo le dijo: Vea Vd. allá bajo, repare Vd. la extraña figura que está sentada al pié de aquel árbol.

Concluyamos aquí la velada, dijo madama de Clemira, dejando de leer; esta noche me siento el pecho algo cansado. Estas palabras taparon la boca á todos, aunque de buena gana hubieran oido alguna explicacion acerca de la *extraña figura*.

Al dia siguiente, á la hora acostumbrada, la Marquesa prosiguió leyendo su manuscrito como se sigue:

Levantó Thelismar la cabeza, y despues mirando á Alfonso le dijo: ¿Qué piensa Vd. de aquella figura? — Pienso que es un salvaje, replicó Alfonso, pero es muy feo... ahora se levanta, tiene un palo en la mano... parece que huye de nosotros. — ¿Con que Vd. cree de cierto que es un hombre? — No hay duda. — ¿Y si fuese un mono? — ¡Un mono tan alto! Es mayor que yo, anda naturalmente como nosotros, y sus piernas son en todo parecidas á las nuestras. — Pues á pesar de todo eso es una bestia irracional¹. « Pero tan singular que no puede el hombre verle sin entrar en su interior, « conociendo y convenciéndose de que su cuerpo no es la parte mas « esencial de su naturaleza. » — Me deja Vd. admirado!... ¿Y aquel mono que estaba sentado con tanto sosiego al pié de aquel árbol, tiene como los monos chicos el movimiento continuo y precipitado? — Nada de eso; « su modo de andar es lento, sus movimientos « mesurados, su natural dócil, y muy diverso de las otras especies « de monos². » — Pues á fe que no dirán de este los autores de que

¹ El *orang-outang*: los hay que tienen mas de seis piés de alto.

² Hablando de un mono de otra especie llamado *gibbon*, dice el conde de Buffon

hablábamos ántes, « que tiene casco en las manos como el caballo; » ántes al contrario, es mas alto que nosotros, y su estructura igual en todo á la nuestra. — « No ha querido el Criador hacer para el « cuerpo del hombre un modelo del todo distinto del de cualquiera « otro animal... pero al tiempo mismo que le ha concedido esta « forma material semejante á la del mono, ha penetrado este cuerpo « animal con un soplo divino: si hubiese concedido el mismo don, « no digo al mono, pero aun á la especie ó al animal mas imperfecto « y torpe, esta especie ó este animal hubiera competido con el hom- « bre, y vivificada con el entendimiento hubiera adelantado á todos « los demas animales, puesto que hubiera podido pensar y hablar. « Así es, que por mucha semejanza que haya entre el Hotentote y « el mono, el espacio que los separa es inmenso, siendo así que el « interior de aquel está adornado con la facultad de pensar, y el « exterior con la del habla⁴. »

Estas razones admiraron á Alfonso. Yo quisiera, dijo á Thelismar, saber qué responden á esto los autores que pretenden que solo somos superiores á los animales por razon de nuestra figura. — No conocen el animal que Vd. acaba de ver, como ni tampoco otras muchas especies semejantes que varios viajeros han descrito; no obstante sus obras son modernas, y como ya tengo dicho, estas cosas son casi generalmente conocidas. Al pronunciar Thelismar estas palabras se hallaron á las orillas de un lago rodeado de peñascos, y la guia que los acompañaba les propuso que se parasen para aguardar á los demas caminantes, que se habian quedado algo atras. Thelismar se sentó á la sombra de algunos árboles, y sacando dos libros de su faltriquera, dando uno de ellos á Alfonso, le indicó un capítulo, diciéndole que lo leyese con atencion. Dijole este que así lo haria, añadiendo que iba á sentarse solo algun trecho de allí para leer con ménos distraccion. En efecto se aparta, y despues de haber andado doscientos pasos se sienta á la orilla del lago; pero en vez de leer empieza á cabilar. El murmullo de las aguas, los peñascos, y lo fresco de la yerba, todo le trae á la memoria un recuerdo que no puede desechar de su imaginacion. Cree que se halla

« Este mono nos ha parecido muy quieto, y su natural muy dócil; sus movimientos no son ni muy vivos ni precipitados, y tomaba suavemente lo que se le daba para comer, etc. »

⁴ El mismo conde de Buffon.

en la Fuente del Amor; cree que está viendo á Dalinda, y solo piensa en ella; finalmente no puede ya resistir al deseo de pronunciar un nombre tan querido, y cierto de que Thelismar no puede oírle, canta en voz baja una cancion que habia compuesto para Dalinda. Al acabar el último verso de su cancion oye pasos, vuelve la cabeza, y ve á Thelismar que se le acerca : calla inmediatamente, y vuelve á abrir su libro. Pero en el mismo instante, una voz dulce y sonora, que al parecer salía de los peñascos, vuelve á cantar palabra por palabra la copla que él acaba de cantar. Al acercarse Thelismar oye repetir el nombre de Dalinda, y crece su admiracion al ver que no es Alfonso quien canta. No es ménos el pasmo de Alfonso. Apénas hubo acabado la voz de cantar, cuando yendo á preguntar á Thelismar acerca de este prodigio, otra voz se lo estorbó volviendo á repetir la propia cancion con la misma exactitud. No bien la segunda habia acabado, cuando otra, que al parecer venia de distinta parte, volvió á hacer lo mismo que las dos antecedentes, aunque en tono mas bajo, y luego que ésta concluyó se acabó el concierto¹.

¡Qué encanto es este! exclamó Alfonso. — Convengamos, dijo Thelismar riendo, en que los faunos y silvanos de estos peñascos son muy malos confidentes; las ninfas de la Fuente del Amor eran mas calladas; pero vuélvame Vd. mi libro, y dígame si le ha gustado el capitulo que le dije que leyese. Turbado Alfonso, no dió mas respuesta que un suspiro, y Thelismar mudando de conversacion fué con él á juntarse con sus compañeros de viaje.

Pasaron por la Costa de Oro, el reino de Juida, y el de Benin, en el cual hallaron los naturales ménos crueles y mas civilizados que sus comarcas. Atravesaron el Congo, y en este país fué en donde Alfonso estuvo á pique de perder la vida por un efecto de su impetuosidad y natural imprudencia. Iba caminando la tropa de viajeros, y Alfonso solo delante de ellos á unos trescientos pasos de distancia. Se iban acercando á una gran laguna rodeada de cabañas de negros, cuando Alfonso, levantando los ojos, creyó ver al otro lado del estanque una larga pared de ladrillos á la orilla de él. No pudiendo comprender con qué fin habrian levantado allí aquella pared, apretó el paso para ir á ver de cerca; pero al llegar ad-

¹ Era un eco.

virtió que aquella supuesta pared se meneaba : entónces creyó distinguir claramente, en lugar de una pared, muchos soldados vestidos de encarnado y puestos en órden de batalla. Reparó en algunas centinelas avanzadas, y conoció tambien que le habian visto, porque al punto que le atisbaron avisaron á su tropa, y el aire retumbó con un sonido parecido al de muchas trompetas. Detúvose Alfonso, y estaba dudoso en si se adelantaria ó volveria atras, cuando vió que toda aquella tropa se conmovia, se levantaba del suelo, y finalmente echaba á volar. Entónces conoció que aquel formidable escuadron no era sino una bandada de pájaros grandísimos, de color encarnado, pero tan brillante, que cuando empezaron á volar sus alas parecian de fuego. Llevaba Alfonso su escopeta, y deseando que Thelismar viese alguno de aquellos pájaros extraordinarios, disparó al monton, y mató uno. Al estruendo del tiro salieron de sus cabañas algunos negros, y al ver que Alfonso se llevaba arrastrando el pájaro que habia muerto, prorumpieron en horribles gritos, á los cuales salieron los demas, y reuniéndose todos acometieron á Alfonso, que en un instante se vió cubierto de una nube de piedras y de flechas. Era su muerte inevitable á no haber llegado al mismo tiempo Thelismar y el resto de los viajeros. Los negros echaron á huir, y Alfonso se vió libre á costa de algunas leves heridas y de una fuerte reprension de Thelismar, de quien supo que aquellos negros tenian en tanta veneracion al pájaro que habia muerto, que no permitian se le hiciese daño alguno, y que asimismo se creian obligados á vengar la muerte de aquellos animales, sagrados para ellos. Supo asimismo que lo que él habia juzgado sonido de trompetas no era sino el grito de estos mismos pájaros, tan fuerte y penetrante, que se oia á mas de un cuarto de legua de distancia. Este último suceso fué causa de que en adelante tuviese mas circunspeccion, y de que comprendiese que la prudencia es prenda tan precisa como apreciable¹.

¹ Este pájaro se llama *flamenco*, *fenicóptero* ó *becarudo*. Los Griegos le llamaban *phenicópteros*, voz que en su idioma significaba *pájaro con alas de llama*, porque en efecto, cuando vuela opuesto al sol aparece ardiente como un ascua. El plumaje de los jóvenes es de color de rosa, y cuando tienen diez meses sus plumas adquieren el color de fuego. Nuestros mas antiguos naturalistas franceses llamaban á este pájaro *flambant*, y poco despues, dice Mr. de Buffon, olvidada la etimología se acostumbraron á escribir *flamant*, y de un pájaro de color de fuego ó de llama hicieron un pájaro de Flándes, y aun le supusieron algunas relaciones con los habitantes de aquellas provincias donde

Prosiguiendo Thelismar su viaje se detuvo en algunas tribus de salvajes, cuyas costumbres deseaba conocer; pero de todos los pueblos bárbaros del África la nacion que le pareció mas apreciable fué la de los Hotentotes. Sus virtudes exceden á sus vicios: cumplen exactamente con las obligaciones de la amistad y hospitalidad; finalmente su amor á la justicia, su valor, su bondad y su continencia los hacen superiores á todos los demas salvajes. Es de notar que la juventud entre los Hotentotes hasta los diez y ocho años está enteramente fiada al cuidado de las madres. Cuando llegan á esta edad comienzan los muchachos á tratar con los hombres, y hasta entónces no tienen comunicacion alguna con ellos, ni aun con su propio padre.

En el tiempo que estuvieron entre los Hotentotes, una mañana se paseaba Thelismar con Alfonso. La guia llevaba en un saco las provisiones porque habian determinado comer en el campo. Al pasar por un tronco que servia de puente á un riachuelo, dejó la guia caer en el agua el saco con todo lo que estaba dentro, y temiendo sin duda el enojo de los dos, al instante echó á huir y desapareció. Este azar contristó muchísimo á Alfonso que ya se moria de hambre. Sé fijamente, le dijo Thelismar, que volveré á encontrar el camino, pero ántes será mejor que descansemos un rato á la sombra de estos árboles. En efecto se sentaron sobre la yerba, y Alfonso se quejaba amargamente de la precision en que se hallaban de andar una legua ántes de comer, cuando Thelismar le hizo callar, diciéndole: *Escuchemos*. Al instante oyó Alfonso un grito muy agudo, al cual respondió Thelismar con otro, aunque algo ménos fuerte, y

nunca se ha visto. No es el único distintivo de esta ave su hermoso color; su pico de una figura extraordinaria... sus piernas de excesiva altura, su cuello largo y delgado, su cuerpo montado á mayor altura, bien que mas pequeño que el de la cigüeña, presentan una figura de extraña belleza, y de una especie distinguida entre los grandes pájaros acuáticos.

Este pájaro se halla en el antiguo continente desde las costas del Mediterráneo hasta la punta mas austral del Africa. Se hallan en gran número en las provincias occidentales del Africa, en Angola y en el Congo, en donde por respeto supersticioso no permiten los Negros que se mate ninguno de estos pájaros... El flamenco es ciertamente ave trasmigrante: se ve gran número de ellos en la isla de Santo Domingo, una de las Antillas... Siempre van á bandadas, se forman naturalmente en fila, lo que visto á cierta distancia, parece como una pared de ladrillos, y de mas cerca, soldados puestos en fila. Establecen centinelas, y cuando estos descubren algo que los asusta, dan un graznido retumbante que se oye de lejos, y parecido al sonido de una trompeta; entónces toda la bandada echa á volar. Su carne es comida estimada. Los antiguos hablaban de ellos como de una caza exquisita, etc.

levantándose: Venga Vd., Alfonso, le dijo, ya que tiene tanta hambre voy á darle de comer. Dicho esto, dió tres ó cuatro gritos, y Alfonso ve un hermoso pájaro de color verde y blanco que volaba delante de ellos. Sigamos á esta nueva guia, dijo Thelismar, que me parece nos ha de desquitar de la pérdida de la que nos ha dejado. Á todo esto no sabia Alfonso qué pensar; callaba y andaba mirando atentamente al pájaro, el cual á poco rato se paró sobre un árbol, cuyo tronco estaba hueco. Parémonos tambien, le dijo Thelismar, el pájaro vendrá á buscarnos si tiene algo de bueno que descubrirnos. Así sucedió, porque viendo el pájaro que tardaban en acercarse, vuelve á dar gritos, se acerca á ellos, se pone otra vez en el árbol, y despues revoloteando se lo indica de un modo particular. Vamos, pues, dijo Thelismar, él nos convida á comer de tan buena gana, que no es posible dejar de admitir su convite. Diciendo esto se acerca al pájaro, y Alfonso se queda pasmado al encontrar en el hueco del árbol una colmena llena de miel. En tanto que los viajeros trabajaban en coger la miel, el pájaro se habia puesto sobre un árbol inmediato, y parecia que observaba con suma atencion lo que se hacia. Es muy justo, dijo Thelismar, que tenga parte en la presa; en efecto, habiendo Alfonso puesto medio panal sobre unas hojas, no bien se habian ellos apartado del árbol cuando el pájaro fué á comérselo. El mismo pájaro les enseñó en média hora de tiempo otras dos colmenas, y Alfonso harto de miel emprendió alegremente su camino¹.

¹ Este pájaro se llama el *Cuco indicador*. En lo interior del Africa, dice Mr. de Buffon, á cierta distancia del Cabo de Buena Esperanza es en donde se halla esta ave conocida por su natural instinto de indicar los nidos de las abejas silvestres. Al salir del sol y al anochecer, es el tiempo en que se oye su grito *cherrs, cherrs*, que es muy agudo, y parece llamar á los cazadores y otras personas que buscan la miel en los desiertos. Estos le responden con tono mas grave arrojándose siempre. Luego que los descubre, comienza á volar al rededor del sitio donde sabe que hay alguna miel, y si tardan los cazadores en llegar redobla sus gritos, les sale al encuentro, y despues vuelve á su puesto; se para en un árbol inmediato y revolotea, indicándoles de un modo muy perceptible el lugar que oculta la miel. No omite ninguna diligencia para incitarlos á aprovecharse del pequeño tesoro que ha descubierto, y del cual no puede verosísimamente gozar sin el auxilio del hombre, sea porque la entrada de la colmena es demasiado angosta, sea por otras circunstancias que no explica el observador.

No es esto un cuento de viajante; es la observacion de un hombre instruido, que asistió á la destruccion de muchas repúblicas de abejas, víctimas de la traicion de esta pequeña espía, y que da cuenta de lo que ha visto á la Real Sociedad de Londres. Hé aquí la descripcion que hizo de la hembra despues de haber logrado los dos solos individuos que pudo adquirir habiéndolos muerto, causando el mayor escándalo á los

Al irse Thelismar del país de los Hotentotes se embarcó para la isla de Madagascar. En seguida recorrió toda la costa oriental del África, y dejando esta parte del mundo, despues de una corta mansión en la isla de Socotora, desembarcó en la Arabia Feliz. Vió la Meca, Medina; atravesó una parte del desierto, y volviendo á entrar en África por el Istmo de Suez, llegó al Cairo. Admiró las famosas pirámides de Egipto¹. De allí fué á Alejandría, y hallando un navío que iba á hacerse á la vela, se embarcó para la isla de Thera².

En los dos meses anteriores habia Thelismar leído várias veces con Alfonso las traducciones de la Iliada y Odisea. Apartándose Alfonso con gusto del abrasado y bárbaro clima del África, se volvió á ver con inexplicable contento bajo el hermoso cielo de la Grecia, y en sitios en donde todo le traia á la memoria las agradables ficciones de la fábula y las costumbres puras y sencillas que pinta Homero. Al desembarcar en la isla de Thera supieron que el volcan que habia en ella causaba mucha inquietud á sus habitantes á causa de que parecia que iba á hacer alguna erupcion; que echaba humo, y de cuando en cuando algunas piedras. Al amanecer del día siguiente hicieron nuestros viajeros que los guiasen hácia el volcan. Ya estaban á una legua de él cuando la guia que los llevaba se paró diciéndoles, que oia un ruido extraordinario : paráronse ellos tambien, y escuchando con atencion, oyeron una especie de bramidos que al parecer salian de lo hondo del mar. Á pesar de esto prosiguieron andando aun otro cuarto de legua; pero á medida que se acercaban eran los bramidos

Hotentotes; puesto que en todo país la existencia de un ser útil se mira como objeto precioso. Tiene la parte superior de la cabeza gris, la delantera del cuello y el pecho blanquecino, con un matiz verde que vá perdiéndose, y queda casi insensible sobre el pecho; tiene el vientre blanco... el pico pardo en su basa, amarillo en su punta; los pies negros... la longitud total seis pulgadas y média, y el pico unas seis líneas.

¹ Las pirámides de Egipto fueron edificadas para servir de sepulcro á los soberanos que las mandaron hacer. Los Egipcios de menor esfera, en vez de pirámides, se hacian aquellas cuevas que se descubren cada día, en las cuales se hallan momias.

Todas las pirámides tienen una abertura que da paso á un corredor bajo muy largo que conduce á un cuarto en donde los antiguos Egipcios ponian los cuerpos de aquellos para quienes se habian hecho las pirámides. Todas estaban colocadas con mucha regularidad : cada una de las tres grandes, que aun existen, están situadas á la cabeza de otras pequeñas, que apenas se ven por estar cubiertas de arena; todas están fundadas sobre un peñasco liso escondido debajo de arena blanca. En todas hay pozos hondos cuadrados y abiertos en la peña viva. Las paredes de algunas tienen figuras jeroglíficas abiertas tambien en el peñasco.

² Isla del Archipiélago al Norte de Candia. Es una de las que se llaman *Santorino* ó *Santorini*, á causa de ser Santa Irene patrona de ellas.

mas fuertes, y acompañados de horrorosos silbidos. En el mismo instante observaron que el humo del volcan se condensaba, y se volvia encarnado. Volvámonos atras, dijo Thelismar : y apenas hubo dicho esto cuando oyó un ruido espantoso, y volviendo la cabeza al mismo tiempo que huian hácia el mar, ven la montaña abrasada.



cubierta de llamas que se levantaban por los aires hasta perderse de vista, y arrojando por todas partes un sinnúmero de centellas y chorros de fuego resplandeciente. Atemorizada la guia, se pierde, y los encamina por una senda que los hizo acercarse mas al volcan. Entónces se hallaron enfrente de la formidable montaña en medio de una pradera rodeada de árboles : miran con horror desprenderse de la montaña varios torrentes de fuego que corriendo impetuosamente desde lo alto se esparcen por la llanura, y abrasan y talan cuanto se les presenta. Á su llegada veian marchitarse la yerba y las flores, las hojas se secaban y caian de los árboles; desaparecian los arroyos, secábanse las fuentes, y los pájaros atolondrados caian al suelo desde las ramas ya medio quemadas. Al mismo tiempo las nubes abrasadoras de cenizas espesas y blanquecinas, esparciéndose en forma de lluvia oscurecian el aire, y una tempestad de piedras

que caía por todas partes destrozaba y arrancaba los árboles, despeñándose con un estrépito espantoso desde los montes á los valles, y retumbando á lo léjos sobre los peñascos circunvecinos. Huyeron Alfonso y Thelismar precipitadamente de aquellos sitios asolados, y despues de haber andado perdidos algun tiempo por sendas no conocidas, llegaron por fin á la orilla del mar. Al acercarse á la playa juzgaron por el movimiento de las olas que el mar estaba violentamente agitado : en efecto, á pesar de que no soplabá viento alguno les presentó el espectáculo de una furiosa borrasca. Estaban considerando este fenómeno con una admiracion que fué mucho mayor cuando vieron de improviso aparecerse en medio de las olas una multitud de llamas, que apartándose y desapareciendo al instante, hicieron lugar á una innumerable cantidad de peñascos ardientes desprendidos y arrojados desde los profundos abismos de la tierra, y que se levantaron sobre las olas. Entónces se aplacó el mar y quedó sereno; varios isleños que habian venido á la playa hicieron saber á Thelismar que ya no vomitaba llamas el volcan, y que todo se habia acabado. Thelismar y Alfonso hicieron que los guiasen á su posada, y dos dias despues de este memorable suceso abandonaron aquella isla desventurada.

Fueron de allí á la isla de Policandro, en donde encontraron á un viajero sueco muy amigo de Thelismar, que se ofreció á servirles de guia y acompañarlos á todas partes. Llevólos á su casa, en la cual quiso que se hospedasen; y por la noche despues de cenar encaminando sus razones á Alfonso, le dijo : Ya ve Vd. que esta casa es sencilla y sin adornos; pero si Vd. gusta del fausto y magnificencia fácilmente le dejaré satisfecho; he tenido tanto gozo en ver á Thelismar, que al instante he formado el proyecto de darles una funcion en un palacio, cuya riqueza y extraños adornos los dejarán á Vds. admirados. Al decir esto Federico (que así se llamaba el amigo de Thelismar), llama á sus criados que vienen con hachas y salen todos juntos de la casa. Al cabo de média hora se hallan enfrente de una enorme multitud de peñascos. Este es mi palacio, dijo Federico; su fachada es tosca, pero no siempre hemos de juzgar por las apariencias : parémonos aquí un instante, y dejemos que entren primero mis criados. Entónces estos distribuyeron hachas á una docena de hombres que llevaban consigo : cada cual encendió la suya y se apartó de los caminantes. Cuando Federico los vió á cierta

distancia prosiguió andando, y despues de haberse adelantado como cien pasos, advierten una bóveda inmensa, y quedan deslumbrados del vivo resplandor que despedía. Entremos, dijo Federico : este es el atrio de mi palacio : ¿ qué le parece á Vd.? Esta pregunta se dirigia á Alfonso; pero estaba demasiado embebido en considerar el espectáculo brillante que se ofrecia á su vista para poder responder á ella. Las paredes de aquel atrio espacioso le parecieron todas embutidas de oro, rubíes y diamantes, y la bóveda toda adornada con primorosas guirnaldas y flores de cristal. Hasta el pavimento que pisaban le parecia empedrado de lo mismo. ¡ Ah mamá ! exclamó Carolina, perdone Vd. que la interrumpa, pero ya no lo puedo resistir... ¿ Todos aquellos diamantes eran finos? — No, no eran finos sino en la apariencia, pero esta era tan perfecta, que el mas diestro se hubiera engañado con ella. — ¡ Qué cosa tan singular!... ¿ Y es cierto que haya habido un palacio semejante? — Aun existe hoy dia. — ¿ De véras? — Sin duda alguna. — ¿ En la isla de Policandro? ¡ Qué isla tan bonita!... Mamá, nos la ha de enseñar Vd. mañana en el mapa. — Sí, yo te lo prometo. — Si Vd. me lo permite en la primera leccion de geografía que demos, señalaré en los mapas todos los viajes de Alfonso, porque me acuerdo de ellos perfectamente, como tambien de las cosas extraordinarias que vió. — Con mucho gusto; pero ahora prosigamos el cuento : Federico hizo admirar á Alfonso la extension de aquel soberbio palacio, y despues de haberle recorrido y examinado salieron de él y se volvieron á casa de Federico. Thelismar informó á Alfonso de que el supuesto palacio de Federico era obra solo de la naturaleza, lo que fué causa de que Alfonso lo admirase aun mucho mas.

No habia hecho ánimo Thelismar de ir á Italia, porque ya habia estado otra vez en ella; pero habiéndole rogado Federico que le acompañase hasta Reggio, convino en ello, por ser esta parte de la Italia la única que no habia visto. Salieron, pues, los tres de la isla de Policandro, y se embarcaron para la Morea¹. Vieron las ruinas de Epidauro y las de Lacedemonia. De la Morea pasaron á la isla de Cefalonia, y de esta volviéndose á embarcar fueron á Reggio².

Al dia siguiente de su arribo estaban los tres viajeros almorzando

¹ Península grande, antiguamente se llamaba Atica.

² En el reino de Nápoles en la Calabria ulterior. Hay tambien otra ciudad de este nombre en Italia en el ducado de Módena.